

# Eduardo Mendoza

---

## El negociado del yin y el yang

---





Seix Barral Biblioteca Breve

---

**Eduardo Mendoza**  
El negociado del yin  
y el yang

---

© Eduardo Mendoza, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: noviembre de 2019

ISBN: 978-84-322-3587-0

Depósito legal: B. 22.818-2019

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción parcial o total de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

*Al cabo de los años del destierro  
volví a la casa de mi infancia  
y todavía me es ajeno su ámbito.*

Tuve que regresar a Barcelona tras varios años de ausencia, cuando me comunicaron que mi padre había fallecido repentinamente.

En el aeropuerto del Prat me esperaba mi hermana Anamari. De camino a casa, en un flamante Renault de segunda mano que se había comprado a plazos con su primer sueldo, me contó los detalles de la muerte. Como todo había ocurrido hacía poco y muy deprisa, nuestra madre estaba aturrida, pero serena, dijo Anamari.

Le pregunté si sabía algo de nuestro hermano Agustín. Llevaba tiempo en paradero desconocido y apenas teníamos noticias suyas. Anamari le había enviado un telegrama a las señas del teatro en el que decía trabajar la última vez que escribió a nuestros padres, y todavía no había recibido contestación.

---

El sepelio salió de la casa familiar, donde se había instalado la capilla ardiente. Cuando los funcionarios de pompas fúnebres se disponían a cerrar el féretro, sonaron unos timbrazos insistentes y al abrir la puerta entró Agustín. Como siempre había sido reservado, se había ido de casa de un modo intempestivo y no daba señales de vida, yo lo tenía por un desalmado o poco menos, pero apenas cruzó el umbral rompió a llorar con desconuelo. Aquella manifestación de sentimientos nos pilló a todos por sorpresa y, contagiados, mi madre, mi hermana y yo también nos pusimos a llorar, cosa que hasta entonces nadie había hecho. Los funcionarios de pompas fúnebres interrumpieron la maniobra en señal de respeto. Al cabo de un minuto nos preguntaron si podían proceder, porque en un entierro participaba mucha gente y era esencial la coordinación.

Camino de la parroquia aproveché para preguntar a Agustín dónde estaba viviendo.

—En Stuttgart.

—¿No te habías ido a Frankfurt?

—Cambié de planes. Ahora vivo en Stuttgart.

—¿Y qué tal?

—Bien. Ven a visitarme. Podemos ir a Baden-Baden.

—¿Merece la pena?

—No, pero está cerca.

—Y en Stuttgart, ¿a qué te dedicas?

—Cuando vengas lo verás.

---

Como en su respuesta no detecté displicencia, supuse que habría alguna razón de peso para mantener la incógnita y preferí no insistir.

—Iría si pudiera, pero he de volver a Nueva York cuanto antes. Salí corriendo y dejé el trabajo empantanado.

—A mí me pasa lo mismo.

Por lo repentino del suceso, nadie había publicado una esquela en el periódico ni comunicado personalmente el fallecimiento de mi padre, de modo que en la iglesia había muy poca gente. Yo siempre había creído que mis padres cultivaban muchas amistades, pero no debía de ser así. Lo comenté con Anamari y ella me susurró que en los últimos tiempos nuestro padre se había vuelto muy retraído. No tanto insociable como taciturno y solitario. Aquella tendencia se había acentuado con la marcha de sus dos hijos, primero yo y luego Agustín.

—No os hacía ningún reproche ni creo que hubiera una relación directa entre ambas cosas.

—¿Y mamá?

—No lo sé. Unas veces parece que se entera de todo y otras, que no se entera de nada. Y en los dos casos es incapaz de expresar lo que le pasa.

Al volver del cementerio fuimos los cuatro a comer a un restaurante. Después de un largo periodo de extrañamiento, mi madre estaba de nuevo con sus tres hijos y se la veía contenta, a pesar del motivo luctuoso de la reunión.

---

El consuelo le duró poco. Al volver a casa, mientras poníamos orden en el desbarajuste creado por los acontecimientos recientes, Agustín anunció que debía estar en Stuttgart al día siguiente sin falta. Tenía previsto tomar el tren y viajar toda la noche. Nadie le preguntó la razón del apremio ni trató de disuadirle para que se quedara siquiera un día más.

Cuando mi madre trataba de asimilar la noticia y hacerse a la idea de una nueva separación, aparecieron tres primas de mi padre a expresar sus condolencias. No habían podido venir antes ni acudir a la iglesia. Eran tres mujeres de cierta edad, con aspecto y modales de ancianas provincianas. Yo no recordaba haberlas visto nunca. Estuvieron una hora interminable destilando banalidades y se fueron.

A pesar de su carácter ligeramente cómico, la visita de las viejas primas nos dejó una sensación de pérdida irreparable que hasta entonces no habíamos experimentado.

Bien por las circunstancias, bien por el mero paso del tiempo, la relación entre los miembros de la familia había cambiado. Yo me daba cuenta de que veía a los demás de otro modo y pensaba que tal vez a ellos les ocurría lo mismo con respecto a mí. Mientras habían sido parte de mi vida cotidiana, para mí sólo existían en aquellas facetas que me concernían. Ahora, por el contrario, los veía como individuos con entidad propia, al margen de su vinculación conmigo.

---

En el caso de mi madre, aquel cambio de perspectiva, en lugar de mejorar la relación, la hacía más complicada. Acostumbrados a representar nuestros respectivos papeles, no conseguíamos entablar una comunicación más espontánea. Mi madre quería saber de mi vida y mi trabajo en Nueva York. No me preguntaba si tenía amigos y, sobre todo, si salía con alguna chica. No quería enterarse de nada que implicara mi arraigo en otra ciudad. Yo me daba cuenta de que mis respuestas le interesaban poco y de que, aun siendo veraces, apenas tenían que ver con la realidad.

—¿Por qué no vienes a Nueva York? Te sentará bien salir de esta casa unos días. Ahora es buena época. Anamari te podría acompañar. Yo os buscaría un hotel cerca de mi casa y os acompañaría a todas partes.

—No, no, qué cosas tienes. Es muy lejos y muy caro, y yo allí no pinto nada.

Como había hecho con Agustín, tampoco puse trabas a su negativa. Al faltar mi padre, se veía obligada a asumir un protagonismo para el que no estaba preparada. Como esposa y como madre había demostrado una capacidad de afecto, una energía y un sentido práctico que ahora ya no le requería nadie.

—¿Y tú? ¿No piensas volver?

—Sí, claro. Pero todavía no. Allí estoy bien y aquí, tal como andan las cosas, no sé qué puede pasar.

En la primavera de 1975 Franco tenía los días contados. En teoría, todo estaba organizado para



---

una sucesión tranquila y ordenada, pero soplaban vientos de cambio y algunos sectores veían el futuro con alarma. Después de varias décadas de atonía, la violencia volvía a estar presente en la vida diaria de los españoles, a veces en forma de atentados, a veces en forma de ejecuciones.

Regresar a Nueva York era lo más sensato. Sin embargo, la familia seguía existiendo y su existencia no me pasaba inadvertida. Como primogénito, a la muerte de mi padre me correspondía ser el cabeza de familia, un cargo meramente formal que, en nuestro caso, no llevaba aparejada ninguna responsabilidad, pero que pronto me encontré ejerciendo.

Con medias palabras, mi madre me dijo que Anamari tenía un pretendiente, pero que no se lo había querido presentar. No estaba preocupada ni dolida, y si me lo contaba era porque no creía adecuado ocultarme un hecho de tanta trascendencia.

—Si no te ha dicho nada, quizá no es una relación estable.

—¿Me tomas por tonta? Algunas noches Anamari no viene a dormir a casa. Y los fines de semana, ni la vemos.

Hablaba en plural, como si todavía viviera mi padre, con el que seguramente había seguido paso a paso el desarrollo del presunto idilio.

Le prometí que hablaría con Anamari. Lo hice aquella misma tarde y Anamari me confirmó lo ya sabido. Tenían pensado formalizar la relación ante

---

las dos familias, pero por pereza habían ido postergando una ceremonia que juzgaban superflua. Anamari temía que a nuestro padre su novio le pareciera un zángano. Ahora aquella posibilidad ya no existía.

—¿Y lo es? Un zángano.

—Todo depende del punto de vista.

—Aprovecha mi estancia en Barcelona para montar un encuentro informal. Mamá se quedará tranquila y tú te habrás quitado un peso de encima.

El novio de Anamari se llamaba Tomás Aranda, tenía veintiséis años y era fotógrafo. También hacía experimentos con vídeos y pintaba unos paisajes urbanos hiperrealistas. Yo había visto en Nueva York bastantes cuadros de aquel estilo y no me parecían mal, aunque no les veía el sentido. En cuanto al vídeo, todas las obras me habían dejado indiferente. Estaba demasiado próxima la época inicial de la televisión en España para apreciar lo que me parecían fallos técnicos y no un lenguaje nuevo. Tal como Anamari lo describía, me imaginé a Tomás como un buen chico, simpático, inteligente y limitado. Probablemente nunca llegaría a nada, probablemente ni siquiera se ganaría el sustento, pero como Anamari seguía empeñada en hacerse rica por cualquier medio, la incapacidad financiera de su hombre no le preocupaba. Yo me preguntaba si una mujer como Anamari, tan lista, dinámica y ambiciosa, no podía encontrar algo mejor. Tal vez se había enamorado de verdad. O tal vez creía

---

que un individuo como Tomás nunca le plantearía problemas ni coartaría su libertad.

Al final optamos por aplazar la presentación de Tomás. Si bien mi presencia facilitaba el cumplimiento de aquella engorrosa formalidad, el momento no podía ser menos idóneo. Un acontecimiento festivo se convertiría por fuerza en una visita de pésame. En consecuencia, hablé con mi madre, le di las explicaciones que me parecieron más adecuadas y le dije que las presentaciones se harían en otra ocasión, sin especificar la fecha ni las razones del aplazamiento. Mi madre se mostró conforme con lo que yo le decía. El encuentro no habría servido para nada. Demasiado alterada para analizar con perspicacia y demasiado buena para emitir un juicio, mi madre se habría desvivido por causar una buena impresión en lugar de valorar los méritos de su futuro yerno. Ella misma así lo comprendió y aceptó mis evasivas.

Tampoco la escenografía facilitaba las cosas. Ahora que la vivienda familiar había sido abandonada por casi todos sus habitantes, el deterioro saltaba a la vista. Los muebles eran viejos sin ser antiguos, los adornos eran mediocres y las paredes necesitaban una mano de pintura. Donde antes andábamos tropezando los unos con los otros, ahora reinaban la decrepitud y el vacío.

Todo aquello me producía un sentimiento de pena, de angustia y de responsabilidad. Anamari trataba de mitigar mi desazón.

---

—No te atormentes. Tú no puedes cambiar las cosas. Y mamá saldrá de ésta. Le costará un tiempo, pero se rehará y se unirá a la galaxia de viudas.

La estadística según la cual las mujeres vivían más años que los hombres debía de ser cierta, porque en torno a mi familia pululaban unas cuantas viudas con dignidad de marquesas y firmeza de gladiadores, muy dadas a organizar salidas colectivas y viajes por Europa. Anamari estaba convencida de que tarde o temprano nuestra madre pasaría a engrasar las filas de aquel poderoso y benigno ejército.

—¿Y tú? ¿Qué haces en Nueva York?

—Nada de particular. Pero hoy por hoy ahí vivo.

—¿Tienes amigos?

—Sí, claro. Amigos y amigas. Lo que no tengo son proyectos.

—¿Ya no sigues con aquel príncipe de cuento que te hacía encargos chuscos?

Quizá en algún momento le conté a Anamari mi pintoresca relación con el príncipe Tukuulo y mi esporádica y tibia colaboración en su disparatada pretensión al trono de Livonia, un país inexistente, asentado sobre un territorio a caballo entre dos o tres repúblicas de la Unión Soviética. El príncipe y yo nos habíamos visto por última vez en Nueva York, en el Waldorf Astoria. Él me había pedido que llevara una carta a Tokio y yo, contra toda lógica, había aceptado la misión.

Aquella no era la primera vez que el príncipe pretendía utilizarme ni la primera vez que yo me

---

dejaba utilizar desde que un malentendido nos puso en contacto unos años antes en el hotel Formentor el día de su boda con Monica Coover, ahora conocida como Queen Isabella.

Desde un punto de vista objetivo, el príncipe y su consorte eran dos impostores que vivían del cuento gracias a una reivindicación de su derecho al trono de Livonia tan legítima como descabellada. Pero yo me sentía ligado a ellos por una mezcla de devaneo, fascinación y sincero afecto. En la ocasión a la que me he referido, tras una cierta resistencia y un número considerable de gimlets, yo acabé por aceptar el encargo de llevar a Tokio una misiva del príncipe. Luego pasaron unos meses y el asunto no se materializó.

A principios del año siguiente recibí la llamada telefónica de un desconocido que dijo ser representante legal del príncipe de Livonia. El motivo de la llamada era notificarme la cancelación de la misión encomendada verbalmente por el príncipe a mi persona. Dado que por mi parte no había habido ningún desembolso ni alteración de planes, añadió a continuación el supuesto representante del príncipe con una innecesaria contundencia, no me correspondía derecho alguno a resarcimiento o estipendio. Le respondí que yo no tenía intención de reclamar nada, que sólo razones de amistad personal me habían movido a ponerme a disposición del príncipe, que la premisa era improcedente y el diálogo desagradable, y bueno, que hiciera el favor

---

de decir al príncipe de mi parte que, en lo sucesivo, si quería decirme algo, me llamara él y no un subalterno.

Después de aquella áspera conversación no volví a saber nada más del príncipe Tukuulo, de su esposa, Queen Isabella, de su hombre de confianza, el conde Salza, ni de ninguno de sus adláteres, y el olvido fue disipando gradualmente mi enojo inicial.

Cuando finalmente llegó el momento de volver a Nueva York quedaban pendientes pequeñas gestiones administrativas y algún arreglo doméstico de tipo práctico. Nada ofrecía dificultad ni requería mi presencia, pero la inutilidad de mi paso por Barcelona me deprimió bastante.

Yo habría preferido hacer la despedida en casa y tomar un taxi al aeropuerto, pero Anamari insistió en llevarme en su coche y mi madre también quiso venir.

Resueltos los trámites de facturación, nos abrazamos con torpeza, prometí llamar por teléfono al llegar y me metí en la zona reservada a los viajeros. De resultas de los secuestros de aviones comerciales perpetrados por la Organización para la Liberación de Palestina y otros grupos terroristas, los aeropuertos habían impuesto un control estricto de pasajeros y equipajes. Una vez franqueado un límite, unas puertas correderas se deslizaban a espaldas del viajero y ya no había vuelta atrás.

---

En aquella ocasión una simple acción mecánica revestía un simbolismo sobrecogedor para alguien como yo, que acababa de experimentar la muerte de un allegado.

Al otro lado de la barrera me encontré en el ambiente impersonal y falsamente lujoso de cualquier aeropuerto internacional. Una señora teñida de rubio discutía en mal inglés con un empleado a causa de un perrito faldero. En la voz de la mujer había auténtica congoja y en la actitud del empleado, una irreductible firmeza, aunque era evidente que no entendía una palabra de inglés ni estaba dispuesto a resolver el problema del perrito. Al contemplar aquella escena tan poco barcelonesa, sentí que me separaba del núcleo familiar, donde todo tenía una gran densidad emocional, y entraba en un mundo donde todo era absurdo e insustancial, en el que me sentía libre, y al que creía pertenecer en cuerpo y alma.

*Sabe que somos varios los que estamos en esta isla, situados en diferentes lugares, para guardar los caballos del rey Mihraján.*

—Vaya, ha vuelto el pequeño samurái.

Paco Andrade me llamaba así a raíz del revuelo provocado tiempo atrás por mi proyecto de viaje al Japón. El asunto quedó en nada, pero la idea de conocer el Japón ya no me abandonó. Sin medios para hacer el viaje por mi cuenta, leí libros, vi

---

películas y averigüé cuanto pude sobre aquel país, hasta pasar de la curiosidad al interés y del interés a la obsesión.

En un primer momento, después de haber hablado con el príncipe, yo había recabado de mi jefe el permiso correspondiente. A la extrañeza inicial siguió una amable cuchufleta por parte de mis compañeros cuando el alboroto causado por mi anuncio quedó en humo de pajas. Paco Andrade me sacó el mote y un año después todavía me lo seguía aplicando.

El señor Carvajal no era partidario de bromas ni familiaridades en el trabajo.

—La imagen de la delegación de cara al exterior es de capital importancia. Que nadie piense que aquí se viene a contar chistes y a decir donaires.

—Bueno, en definitiva, los samuráis eran funcionarios. Como nosotros.

Aquel coloquio, con el que se me daba la bienvenida a Nueva York después del breve viaje a Barcelona por la muerte de mi padre, me produjo la tranquilidad de quien se ve de nuevo en tierra firme.

Sin embargo, también en aquel lejano reducito del dilapidado imperio burocrático español el paso del tiempo dejaba su huella. De los cuatro funcionarios que encontré allí a mi llegada, dos nos habían dejado.

La primera en partir fue Alicia Pujadas. Era una mujer de mediana edad, inteligente, amable, simpática y no mal parecida, a la que todos consi-



---

derábamos una solterona sin remedio, hasta que un día, repentinamente, anunció que se casaba y dejaba el trabajo. No nos dijo si lo dejaba para desempeñar otro o para convertirse en un ama de casa a la antigua usanza. Tampoco nos quiso decir con quién se casaba. A fuerza de insistencia le sacamos que su futuro marido no era español ni norteamericano, lo cual redobló nuestra curiosidad. Paco Andrade sostenía que la pobre Alicia había caído en las garras de un farsante. Bastantes años de servicio y una vida austera sin duda le habían permitido acumular una pequeña fortuna, un cebo succulento para aquel tipo de desalmados.

El señor Carvajal y yo nos negábamos a admitirlo.

—Alicia no se merece una jugarreta semejante.

—Bueno, la vida no es un concurso de méritos.

—En eso lleva usted mucha razón.

Le dimos una fiesta de despedida en casa del señor Carvajal, reacio a utilizar el local de la delegación para actividades ajenas al trabajo. Éramos los cinco de la oficina y cuatro personas más. Daba pena comprobar que, después de tanto tiempo en Nueva York, su círculo de amistades era tan reducido. Tal vez ella no quería mostrarnos otras facetas de su vida privada. Con gran disgusto por nuestra parte, a la despedida no asistió su futuro marido. Entre los compañeros compramos bebidas, algo de picar, una docena de platos y vasos de plástico y un paquete de servilletas de papel. A media celebración recla-

---

mamos silencio, le hicimos entrega de una litografía enmarcada de Saul Steinberg, el señor Carvajal pronunció un discurso breve, cariñoso y sincero, y Alicia Pujadas hizo pucheros y dijo que no olvidaría nunca aquellos años en Nueva York, que nosotros habíamos hecho gratos con nuestra camaradería y buen humor. Al final nos abrazó a todos y prometió seguir en contacto con nosotros, pero era evidente que no volveríamos a saber de ella nunca más.

Al cabo de unos meses Javier Piñol pidió la baja por enfermedad. También era soltero, pero en su caso, por voluntad propia y con obstinado empeño. La idea de compartir su tiempo y su espacio privados con otro ser humano le horrorizaba. A la larga, sin embargo, la soledad le pasó factura. A pesar de llevar unos cuantos años en Nueva York y estar aparentemente adaptado a las peculiaridades de una ciudad que conocía al dedillo, decidió que allí no se podía vivir. Todo le parecía feo; la gente le resultaba insoportable. Se volvió hipocondriaco y tuvo varios episodios de angustia. No sé cómo consiguió un certificado médico de incapacidad temporal y se volvió a España sin demora. En aquella ocasión la despedida fue más discreta, no hubo discursos y la reunión estuvo presidida por la tristeza. Paco Andrade era íntimo amigo de Javier Piñol y su marcha lo dejó muy abatido.

Las vacantes fueron cubiertas con rapidez por una economista llamada Inma Fernández, en el

---

puesto de Javier Piñol, y por un licenciado en Ciencias Políticas llamado Julio Alarcón, en el de Alicia Pujadas. Los dos venían de España y estaban recién salidos de las oposiciones al cuerpo de técnicos del Estado. Resultaron personas competentes y de trato afable y no tuvieron dificultad para congeniar con los veteranos. Pero su llegada supuso algo parecido al relevo de la vieja guardia.

Era evidente que la actitud de los recién llegados con respecto a Nueva York no tenía nada que ver con la nuestra. Nosotros habíamos llegado allí por azar, como náufragos a un islote. Su llegada, por el contrario, formaba parte de una trayectoria profesional decidida de antemano. Para ellos la delegación era un destino temporal, como cualquier otro, un peldaño en la escala administrativa. Tampoco para ellos Nueva York era la ciudad tenebrosa y maligna donde el peligro acechaba en cada esquina. Nada les chocaba. Si un problema tenían, era de tipo económico: el precio de la vivienda, cada vez más alto, la depreciación de la peseta con respecto al dólar. Algo profundo había cambiado a uno y otro lado del Atlántico en muy poco tiempo y, de resultas de ello, se había producido algo semejante a un cambio generacional.

A mí todo aquello me afectaba poco. Con el paso del tiempo y la marcha de Alicia Pujadas y Javier Piñol, me había ido distanciando del mundo cerrado de la oficina y me relacionaba cada vez más con la colonia española y sus adheridos.

---

También la colonia española experimentaba una transformación y también los recién llegados parecían venir de un mundo distinto del que nosotros habíamos dejado atrás cuando vinimos. Sin que se hubiera producido aún el anhelado cambio político, España parecía haber perdido el substrato clerical y atrabiliario en el que yo había crecido y en su lugar se había impuesto un estilo de vida liberal y laico.

Esta metamorfosis no impedía que los recién llegados se integrasen fácilmente en el grupo de los veteranos. Pero en la relación que se establecía había una brecha. Ellos nos profesaban el limitado respeto que merece la experiencia y, en algunos casos, el que infundía el mayor o menor reconocimiento alcanzado por la obra de unos pocos en España e incluso en el extranjero. Pero aun así, no dejaban de vernos como unos amigables dinosaurios.

En alguna ocasión yo había intentado poner en contacto a algún compañero de la oficina con la colonia española, pero el experimento no había cuajado: ser compatriotas, coetáneos y residentes en Nueva York no eran factores suficientes para establecer una relación más allá de lo estrictamente superficial. De aquellos acercamientos fallidos sólo quedó mi mote. Ahora el grupo de españoles también me llamaba el pequeño samurái. En ambos medios el apelativo era usado con afectuosa condescendencia, pero, sin ser en ningún caso un título honroso, en cada uno tenía un significado distinto.

---

Más tradicionales en su forma de ser y sin duda más cultos, mis compañeros de oficina veían en la figura mítica del samurái el arquetipo del vasallo fiel a su señor y a la escrupulosa observancia de las reglas de la caballería. Si me aplicaban el apelativo, lo hacían con intención paradójica. A sus ojos no había nada menos parecido a un samurái que yo.

Entre los miembros de la colonia española predominaban los artistas de vanguardia que antepoñían la información a la cultura. Para ellos estar al día era más importante que conocer un pasado que constituía una rémora y al que muy pocos estaban dispuestos a concederle, cuando menos, el valor de la excelencia. En su imaginario, un samurái era un guerrero sin ataduras, una persona solitaria y de poco fiar, capaz de transitar entre varios mundos antitéticos sin pertenecer a ninguno.

Si aquélla era la impresión que yo les producía, a mí no me venía mal.

*Y Zeus creó a su vez la tercera raza de mortales hombres. No comían pan; de duro acero tenían implacable corazón, e inspiraban miedo. Grande era su fuerza, invencibles sus brazos.*

Por aquellos años se pusieron de moda las artes marciales.

Hasta entonces sólo habíamos oído hablar del judo, también llamado jiu-jitsu, una lucha de salón que practicaban en una colchoneta, con profu-

---

sión de reverencias, dos hombres más bien orondos vestidos de albornoz. En el judo lo importante era el color del cinturón. Ser cinturón negro de judo equivalía a ser invencible, al menos ante rivales de inferior rango que estuvieran dispuestos a respetar las reglas del juego. Ahora el judo había cedido el puesto a un nuevo método de lucha denominado karate. Procedía del Japón y era un invento reciente y no, como algunos creían, un secreto guardado durante milenios. A diferencia del judo, el karate no estaba pensado para la defensa, sino para el ataque, y ahí el cinturón no pintaba nada.

Las películas de Bruce Lee, un actor medio chino medio americano, de corta estatura y aires de pícaro, habían dado carta de naturaleza al karate y, de paso, a una nueva forma de épica popular. Hasta entonces, el héroe de las películas de acción recurría a la violencia en contra de sus deseos, siempre por algún motivo poderoso, generalmente la venganza o la necesidad de restablecer la justicia. Ahora el nuevo héroe buscaba la pelea por el mero gusto de repartir tortazos con el canto de la mano o con los pies. Sin hilo argumental, sin el menor respeto a la lógica y sin ningún ingrediente sentimental, las películas de artes marciales consistían en una sucesión de peleas en las que los rivales de Bruce Lee o de cualquiera de sus imitadores acudían por turno, de uno en uno, de cuatro en cuatro o de veinte en veinte para ser vapuleados, y no cejaban hasta que el último de la lista resultaba desnucado.

---

En la práctica, el karate era una actividad más próxima al circo que a la pendencia. Cuando todavía era una novedad, se organizaron algunos encuentros entre boxeadores y karatecas y estos últimos salieron muy mal parados. Incluso Muhammad Ali, en el inicio de su decadencia física, se enfrentó a un karateca famoso en un combate esperpéntico que no acabó de ninguna manera. Pero el karate, con su componente de sabiduría oriental y charlatanería mística, introdujo en la cultura popular un nuevo tipo de héroe invencible, tanto en el terreno de la lucha como en el de la moral.

Los héroes cuyas hazañas reiteradas habían mitigado las largas horas de tedio en que consistió mi niñez basaban su superioridad frente al enemigo en habilidades adquiridas tras una larga práctica: unos con la espada o el florete; otros con los puños; otros con revólveres que podían desenfundar antes que nadie. El adjetivo aplicable a todos ellos era siempre el de *esforzados*. La única excepción a este panteón de héroes artesanos eran unos personajes de Marvel, apenas conocidos en España, y Superman, de feliz memoria. Superman llevaba los poderes incorporados en virtud de una rara combinación de física espacial y herencia genética, pero era tan tonto que permanecía confinado en una aldea, donde prevenía accidentes y hacía chapuzas con sus ilimitadas fuerzas. Ahora, en cambio, del Lejano Oriente llegaban unos héroes nuevos, invencibles gracias al conocimiento de un golpe secreto

---

transmitido por un anciano maestro y acompañado, a veces, de un conjuro. Es posible que la bomba atómica estuviera en el origen de estos advenedizos, pero lo cierto era que algunos países orientales aprovecharon la ocasión para invadir el mercado de un producto para el que hasta entonces no había habido demanda y, de paso, hicieron obsoletos a los espadachines y pistoleros de mi infancia.

*Accoutumés que nous sommes à des gouvernements qui nous font du mal, il nous semble qu'en être délivrés serait le suprême bonheur.*

El día mismo de mi llegada a la delegación de la Cámara de Comercio en Nueva York, unos años atrás, al señor Carvajal le faltó tiempo para prevenirme del carácter apolítico de aquella oficina en concreto y de la burocracia en abstracto.

—Cada cual es muy dueño de opinar como se le antoje, pero el tejido funcional está por encima de los partidos y las banderías. El único horizonte político de un funcionario es el trámite que le concierne, y nada más.

Yo asentí como habría asentido a cualquier cosa que me hubiera dicho el jefe el primer día de trabajo. Luego cumplí la regla sin esfuerzo, porque la política me interesaba poco y en la delegación la realidad cotidiana de España quedaba muy lejos. Mis compañeros de trabajo llevaban años viviendo en Nueva York y como la comunicación con Espa-



---

ña era escasa, fragmentaria e infrecuente, habían acabado integrándose en la vida cotidiana local y guardaban de su país de origen una noción sintética y peregrina en la que convivían en un plano de igualdad Unamuno, Lola Flores y el último chisme llegado de los mentideros de Madrid.

Ahora, sin embargo, en la oficina imperaba un nerviosismo al que ni siquiera el señor Carvajal podía sustraerse.

Como si la Historia hubiera querido hacer limpieza en el desván de los trastos viejos, en marzo de 1974 se vino abajo la dictadura en Portugal; poco después ocurrió lo mismo en Grecia, y en aquellos momentos, en España, Franco estaba a punto de irse al otro mundo.

Entre la colonia española, menos ensimismada, nada ponía cortapisas a una mezcla de euforia y malestar. Todos deseábamos el fin de una dictadura en la que habíamos nacido y vivido hasta la edad adulta y cuyos sangrientos coletazos nos habían producido indignación, pero éramos conscientes de que estábamos viviendo a distancia aquel acontecimiento político trascendental y de que, por esta causa, nunca podríamos reintegrarnos a una comunidad que era la nuestra y a la que habíamos vuelto la espalda en aquel momento decisivo.

Mi amigo Ernie era el único disidente.

—Si de verdad queréis dejar atrás esta maldita etapa, lo primero es superar el patriotismo de manual.